

Reportaje

MISERICORDIA VERSUS FRIALDAD

Francesc Torralba

(De la Revista "Humanizar" - 144)

Sentir misericordia significa sentir el dolor ajeno como si fuera propio, lo cual conduce inevitablemente a la acción, a una acción que tiene como fin salvar al otro de su naufragio. El gran obstáculo a la práctica de la misericordia es la frialdad, la indiferencia frente al sufrimiento ajeno, la cerrazón en uno mismo y el aislamiento intencional del estado anímico y físico de los demás. Es un proceso de impermeabilización, de pérdida de los lazos afectivos que deben existir entre los seres humanos, de las relaciones de fraternidad existencial que tienen que regular nuestra relación como especie más allá de los credos e ideologías.

Esta herida no es una casualidad. La frialdad aparece como una armadura, como un método de defensa, como un sistema de refugio frente al dolor del mundo. Cuando alcanza su máxima expresión, hiere profundamente a la persona que la sufre, porque pierde su misma humanidad. Entonces se convierte en un esperpento de lo humano, en una imagen grotesca y deformada de lo que es, porque al aislarse e insonorizarse de los otros, la persona acaba encerrada en una forma de existencia atomizada y autista.

Esta tendencia a la cerrazón, a aislarse de los otros es, en parte, consecuencia del exceso del mal, de la saturación que percibe el ciudadano. Los estímulos que torpedean su consciencia son tan sumamente negativos y dolorosos que tiende a protegerse de ellos e inmunizarse. La consecuencia de ello es la banalidad del mal, la incapacidad de sufrir con el otro y de padecer con él. Se opta por la vía individualista, por limitar la mirada a los propios problemas o, a lo sumo, a los de clan, como salida, como escapatoria.

La frialdad es la consecuencia fatal del miedo. Consiste en concebir al otro como un ser separado, inconexo, independiente de mí, como una realidad ajena que nada tiene que ver con mi ser, ni con mi destino en la historia.

La frialdad es la práctica de la ceguera y de la sordera de un modo intencional. Sólo es posible ejercitarla si uno se entrena en no ver lo que duele y en no escuchar el llanto de los que sufren. Es una retirada del mundo, una práctica de la evasión que no se realiza por frivolidad, sino por supervivencia.

La filosofía que rige a la frialdad anímica es clara: el mundo es demasiado duro como para resistirlo; por consiguiente, uno debe ser fuerte y astuto, tener carácter y valor para no deshacerse en lágrimas. Es una filosofía de la voluntad, una negación de la emotividad y de los lazos humanos. La frialdad, muy extendida en las grandes urbes y en la vida materialista, es consecuencia de la indiferencia, de la fragmentación de la sociedad, del temor a involucrarse en la vida del otro y de padecer lo que él padece. No es una casualidad. En el fondo, se trata, para decirlo con Ana Freud, de un mecanismo de defensa, de un modo de parapetarse y ahorrarse sufrimiento. Ningún ser humano desea padecer y, por ello, trata de separarse del sufrimiento ajeno y elevar un muro metálico para no percibirlo.

La frialdad se opone a la misericordia, a la empatía, a la proximidad, al sentido de pertenencia a un Todo. Se funda en la filosofía de la desconexión. Se entiende que la frialdad es el único

modo de poder sobrevivir, una práctica que tiene como objetivo final ser indiferente al mundo, al llanto de los otros, a sus desgracias y miserias.

Frialdad e hipersensibilidad

La imposibilidad de percibir el sufrimiento ajeno es una grave herida del alma. No cabe duda que en el otro extremo opuesto está la hipersensibilidad, la *hipercompasión* que acaba causando gran sufrimiento en uno mismo, porque las tragedias del mundo le absorben a uno hasta tal extremo que se siente incapaz de actuar.

La frialdad conduce a la parálisis; pero la hipersensibilidad también. Lo más arduo es conjugar dialécticamente la vinculación afectiva con el otro, experimentar la unidad con su ser y, simultáneamente, el desapego, la capacidad de no ser poseído por tal sentimiento, la facultad de no quedar atrapado por el objeto de compasión. La frialdad no es desapego; es inhumanidad. La compasión es vinculación con el destino del otro, pero cuando esa vinculación se convierte en apego, pierde su carácter universal, su perspectiva cósmica y acaba generando formas de discriminación.

Salir de sí mismo

Frente a la frialdad anímica, a la separación inconexa de los seres, resulta esencial reivindicar el sentido de interdependencia cósmica, de fraternidad óptica, de compasión. La verdadera misericordia se manifiesta en la praxis, en la acción que libera y transforma, que palia el sufrimiento, pero también las causas que lo ha propiciado. Es una forma de sabiduría práctica, la más bella expresión de la riqueza intangible que está presente en las tradiciones sapienciales de la humanidad, tanto en Oriente como en Occidente.

La compasión, como han reconocido los grandes filósofos de corte oriental, es un proceso de identificación, de superación de la dualidad que aísla el yo del tú, el sujeto del objeto, los distintos nódulos que configuran la gran red. El antídoto a la frialdad es la compasión, pero una compasión como un sentimiento universal que cruza cualquier tipo de rasgo específico y se proyecta al fondo último del ser, a lo que le hace genuinamente humano.

En la tradición judeocristiana, Dios es un ser misericordioso, un ser que sufre con el sufrimiento de los seres humanos, que experimenta en sus entrañas el padecimiento de la humanidad. Precisamente, la misericordia es lo que activa la salida de Dios de sí mismo, la revelación de su ser en la historia. Dios experimenta el dolor del pueblo, su humillación y se revela con el fin de liberarle, de acompañarle en el largo camino hacia la tierra prometida. La novedad radical respecto a la tradición griega es, precisamente, la de un Dios con entrañas, con corazón, la de un Dios que padece en su propio ser los secretos sufrimientos de cada ser humano.

El ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, tiene también capacidad para salir de sí mismo para donarse a los otros, para experimentar en sus propias carnes el sufrimiento ajeno y ser bálsamo para los otros.

El programa ético que emana del Evangelio conecta profundamente con las aspiraciones humanas más secretas. La única exigencia que prescribe la ética de Jesús es amar al prójimo, amar a todos de un modo Incondicional y desinteresado, con un amor que libera y ennoblece, que lo da todo y no espera nada. El fin de este imperativo enlaza profundamente con una necesidad común a todo ser humano: la de ser amado. Esta es la fuente de sentido y el horizonte de felicidad que se plantea desde la opción cristiana.

Amor y razón

Desde la cosmovisión cristiana, el ser humano es imagen de un Dios cuya naturaleza es amar. Escribe el teólogo protestante, Paul Tillich: “El ser de Dios es el ser del amor, y el infinito poder del ser de Dios es el infinito poder del Amor”. Sólo desde la idea de un Dios-Amor pueden comprenderse las grandes categorías de la tradición cristiana: la creación, la revelación, la encarnación y la resurrección. La historia de la relación entre Dios y el mundo es una historia de misericordia. Si el Infinito poder de Dios es el Infinito poder del Amor, el sufrimiento de Dios es infinito al contemplar el destino de sus criaturas, el fracaso de la historia humana. El amor trasciende la razón, va más allá de logos. Quien ama, no se pregunta si lo que hace o deshace le va reportar beneficios; lo hace pensando en el bien del otro; no calcula en clave de rendimiento o de éxito; da sin tener la certeza de la respuesta. Quien ama infinitamente, ama incluso cuando todos se han cansado de amar.